

Camino a la universidad



Lola L. Álvarez
Antonio Peña
Carmen Moreno
Rocío León Padial
Virginia Torres
Antonio .II
Ana Sánchez Quiles
José Luis M.

CAMINO A LA UNIVERSIDAD

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Isabel María Morales Gil, directora del aula de mayores de la universidad de Málaga, que nos apoyó desde el principio realizando un trabajo excepcional con todos nosotros.

Gracias, Diego Tomé Merchán, quién como profesor de escritura nos has enseñado y corregido con paciencia y cariño.

Gracias a Jesús Pérez León, diseñador de la portada y emprendedor que ha realizado un trabajo lleno de profesionalidad.

Gracias, compañeros, por hacer realidad esta ilusión de todos.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
11.000 Años!!!.....	11
Aula de mayores	12
Mi experiencia.....	14
Cumplir mi deseo.....	15
Consuelo.....	17
Tiempo para mi.....	21
Mi asignatura pendiente	24
Ilusión.....	26
Un alumno más de la clase	27
Y... ahora qué?.....	30
Inquietudes.....	32

Prólogo

Las ilusiones no tienen tiempo ni edad. Aquí, en este pequeño gran libro de relatos camino a la Universidad, se recogen con sencillez historias contadas desde el corazón, de personas que han decidido por tres años y muchos más dedicar unas horas a recordar y aprender escuchando a profesores que dan su asignatura con pasión.

El tiempo pasa deprisa y, sin embargo, es una clase que parece tener tiempo para todo. Está comprobado que la voluntad y las ganas de aprender cosas nuevas, de relacionarse y de conectar o desconectar a veces es necesario para sentirse vivos y sentir que no hay edades para seguir nuevos caminos.

Siempre se puede aprender y salir por unas horas de nuestro rincón de confort, como se suele decir, para ir camino a la universidad de mayores.

Rompiendo por unos momentos la rutina que a veces puede invadir nuestro día a día, transformarlo en ilusión y esfuerzo por encontrarse en una clase con compañeras y compañeros de distintas profesiones que algunos ha dejado a un lado, después de trabajar durante años.

Llegó el momento de disfrutar escuchando, abriendo los ojos a la actualidad y descansar de obligaciones en estas clases extraordinarias y nunca mejor dicho ¡extraordinarias!

Os invito a leer estos relatos y que ofrezcáis leerlos a vuestros amigos y amigas.

Realizados con esa “ilusión” de que alguno se anime a matricularse, a subir a la universidad del Ejido y seguir caminado de forma que los días pasen con nuevas ilusiones y aprendizaje. Y a seguir escribiendo o comenzar a escribir, porque nunca es tarde para transmitir tantas historias y vivencias que podemos compartir con los que nos rodean y con los que aún no conocen.

¡Espero disfrutéis escribiendo y leyendo!.

María Del Rocío León Padial

11.000 Años!!!

Cuando llegué el primer día, hice un cálculo aproximado de los años condesados en aquel aula: si había 200 personas y, como mínimo, tenían 55 años, ahí está, 11.000 años!!!

Lo que no calculé en aquel momento, ni creo que pueda al día de hoy, era la cantidad de cicatrices y experiencias que se acumulaban en esa sala. Ahora que lo pienso, al cabo de dos años, la simple idea me produce una gran ternura.

Llegué por “casualidad”, alguien muy querido me pasó un programa y lo leí, me daba mucha pereza pero como soy muy curiosa y siempre quiero aprender algo nuevo... aquí estoy. No voy a decir que me haya cambiado la vida, ni que no hubiera podido seguir viviendo si no lo hubiera hecho, pero sí puedo decir que, una vez más, la VIDA sale a mi encuentro (sííí, os acordáis de Martín Vigil?, es de nuestra época, jeje). Y por qué?

Pues veréis, cada día que voy a clase me siento agradecida por poder hacerlo, en primer lugar voy andando, dando un buen paseo, cierto es que vivo a media hora, todo hay que decirlo, pero pongo en práctica un montón de buenas ideas: no contaminar, hacer ejercicio, disfrutar del clima, oír a la gente de la calle, oler mi barrio, descubrir alguna tienda y, muchas veces, mosquearme por lo sucia que están las calles, me vuelvo gruñona en esos momentos, “hay que ver los perritos y sus dueños...! no pueden tirar el chicle a la papelera?... las bicis siempre fuera del carril bici...!” pero también despierta, activa, crítica, eso hace que desee seguir caminando.

En segundo lugar, pues eso!, aprendo algo nuevo, memorizo cosas interesantes, me esfuerzo intelectualmente por comprender aquello que se me resiste, me doy cuenta de que tengo la necesidad de seguir desarrollándome como la estudiante que fui y que sigo siendo, los años pasan pero no la ilusión y las ganas de aprender y descubrir.

En tercer lugar, y para mí el más importante, cada día que voy me encuentro con personas que me ofrecen su amistad sin pedir nada, hay intercambio de sonrisas, libros, jabones, poemas, experiencias. Cuando no puedo ir echo de menos ese contacto. Muchas veces llego apagada, triste o simplemente desganada y al salir y ponerme en marcha de vuelta a casa me doy cuenta de que mi ánimo ha cambiado.

Gracias a la vida por esta oportunidad, gracias al Aula de Mayores, por favor, que no decaiga, que cada año sea mejor y llegue a más gente, yo espero estar ahí, compartiendo y transmitiendo estas pequeñas experiencias y, sobre todo, gracias compis por todo lo que me aportáis!!!

Lola I. Álvarez

Aula de mayores

Voy al Aula de Mayores
con la ilusión del que empieza,
¿Universidad a mis años?
Sí, señor, lo que apetezca,
que nunca es tarde en la vida
para mantener la llama
de aprender y mantener convivencia.

Llegamos de todas partes
de la capital, provincia,
del Arroyo, de Marbella,
del resto de Andalucía,
de Torre del Mar
y de toda España entera.
Tengo a mis dos compañeras
que gozan del mismo nombre,
Ana es el nombre de ambas,
las dos son muy buena gente
y yo, encantado con ellas.

Con un ambiente propicio
y numerosa asistencia,
empezamos bien las clases:
Ciencias de la Educación,
Historia del Arte "Belleza",
La Biología "Genial",
Historia Antigua y Moderna,
Literatura, Genética,
y, cómo no, Geografía
y conocer bien la tierra.

Entre toda la parroquia
que compone nuestra mesa
predominan las mujeres,
algo normal según ellas,
nosotros en minoría
pero muy a gusto con ellas,
ya que aportan alegría,
conocimiento, inteligencia y belleza,
en un aula veterana
con muy buena convivencia.

Ya estamos en el tercer
curso de la carrera,
y todo va funcionando
con alegría y destreza,
sin agobios, sin exámenes,
solamente con la meta
de demostrarse a sí mismo
que la vida es corta y bella,
y nunca es tarde ni pronto
para aprender cosas nuevas,
ampliar conocimientos
o hacer amistades nuevas.

Bueno, van a dar las seis
y el Profesor nos espera,
hoy puede ser un gran día
para seguir demostrando
que la edad no tiene metas.

Antonio Peña

Mi experiencia

Tuve conocimiento de la existencia del Aula de Mayores a través de un familiar que ya estaba en el primer curso y cuando me llegó la edad de jubilación no lo dudé. Y aquí estoy, deseoso de que lleguen los lunes y miércoles para cumplir con mi querida obligación de asistir a la Universidad.

Cursé mis estudios de bachiller en San Agustín, en Málaga capital, y por diversas razones (y la más importante) es que a esa edad uno cree que lo sabe todo y en realidad no sabe nada. Aquí dejé los estudios y, con un negocio familiar donde yo creía que tenía mi futuro, me dije «hasta aquí he llegado, no me hace falta nada mas». Y cuando pasó el tiempo me di cuenta de mi equivocación, pero bueno, nunca es tarde para poder iniciarse en lo que por una u otra razón no hice en su día.

Por todo esto, cuando pude disponer de tiempo libre y tuve conocimiento de estos cursos, tuve muy claro dónde estaba mi sitio en este futuro, que es el día a día que vivimos: en el Aula de Mayores de la Universidad de Málaga. Tengo amigos que me dicen «¿Universidad a tus años?» yo les respondo que sí, señor, lo que apetezca, que nunca es tarde para aprender cosas nuevas, hacer nuevas amistades y compartir convivencia.

Y la verdad que hasta el día de hoy la experiencia es enriquecedora y gratificante, y estoy muy orgulloso, y lo digo de verdad, de formar parte de estos cursos y de ampliar mis conocimientos en Historia del Arte, Historia Antigua, Literatura Española, Historia Medieval y Moderna y empezar a tener conocimientos de Biología y Genética, materias que nunca había estudiado, ambas con dos profesores de verdadera categoría por sus conocimientos y por la implicación que han tenido y tienen con nosotros.

Y nada más, gracias por la oportunidad que me dais de poder expresar algo de mis vivencias, por supuesto muchísimas gracias a todos los profesores que han impartido sus asignaturas en estos cursos por sus conocimientos e implicación, a la Universidad de Málaga, a nuestro Delegado de curso Ignacio, a Virginia y a todos mis compañeros y compañeras de clase.

Antonio Peña

Cumplir mi deseo

Estaba sentada en el estar de enfermería, después de un duro día de trabajo con las compañeras, solíamos tomar café mientras comentábamos los incidentes del día. Aquella tarde la conversación discurría sobre diversos temas. Una de ellas dijo que estaba yendo a la Universidad en el aula de Mayores, me explicó que constaba de una serie de charlas con las que ampliabas conocimientos y a la vez recordabas temas, asignaturas que estudiamos en nuestra juventud.

Cuando terminé la jornada laboral, en los vestuarios frente a mi taquilla, y mientras me cambiaba el uniforme verde y los suecos por mis pantalones y zapatos de calle, la idea de ir a la Universidad iba madurando en mi mente.

Faltaba poco para mi jubilación y me asustaba bastante cómo ocupar tanto tiempo libre. Después de cuarenta años trabajando en el hospital y en las tareas de sacar adelante una casa, sin oportunidad ni tiempo para hacer otras cosas que me hubiese gustado, ahora no sabía qué hacer tantas horas en blanco. La opción de volver a estudiar cobraba cada vez más fuerza.

Mi cumpleaños era en Septiembre, la matrícula también y, como si se tratara de un regalo, no lo pensé: acompañada de mi marido nos presentamos en la Universidad del Ejido de Málaga. Al matricularme, me dieron el carnet de estudiante del primer curso del Aula de Mayores.

Cuando comenzaron las clases fui sola, ya que mi marido tenía otras ocupaciones. El primer día estaba un poco asustada porque desconocía el entorno en el que me iba a mover, pero a la vez ilusionada como estudiante de 65 años.

El aula era el salón de actos de la Universidad, nos habíamos matriculado unas doscientas personas por lo que aquel lugar estaba completamente lleno. Estando ya dentro me fue gustando el ambiente, todas éramos personas mayores de unos cincuenta y cinco años, algunos con estudios superiores, todos formales y educados, respetuosos y con ganas de aprender. Me sorprendió que fuéramos más mujeres que hombres, en una proporción de tres por uno.

Pronto hice amistades, en su mayoría mujeres: separadas, solteras o viudas y algunos matrimonios, aunque eran los menos. Ahora estoy ya en tercero, mantengo las amistades del principio aunque el

círculo se ha ido ampliando a lo largo de estos años. Conociéndonos cada día más y deseando encontrarnos y pasar más tiempo juntas.

Cada año nos organizamos mejor ya que hacemos excursiones de un día, como la del Valle del Genal bajo la supervisión del profesor de Geografía, que nos explicó la vegetación, fauna y fenómenos geográficos de la zona, donde se enriqueció la relación con los compañeros. Fue sin duda una experiencia que yo nunca imaginé que viviría en esta etapa de mi vida.

Estoy muy contenta de haber tomado la decisión de estar aquí, en la Universidad de Mayores, y le doy gracias a Dios por mostrarme caminos que no pensé que pudieran existir en mi vida y cumplir un deseo que yo siempre había tenido: ir a la Universidad.

Y tengo que añadir que la palabra jubilada viene de júbilo y esto es lo que yo siento: júbilo, entusiasmo, ganas de aprender, sentir que todavía tengo cosas por hacer. En una palabra, sentirme viva.

Carmen Capafons

Consuelo

He aquí la historia de Consuelo en su camino hasta llegar al Aula de Mayores en la Universidad. Todo comienza el día que dispuso coger un tren que la llevara a clase, sin quedarle claro por dónde tendría que empezar. Al llegar a las múltiples vías de la estación, vio que un tren comenzaba su salida y sin pensarlo se subió a él, se acomodó en un asiento, segura de que podría comenzar a estudiar en una clase, con un profesor, porque era mucho el tiempo que llevaba deseando hacerlo.

Después de un buen rato en aquel tren, que circulaba a gran velocidad, comenzó a inspeccionar lo que le rodeaba y se dio cuenta de lo viejo y estropeado que estaba, le pareció que venía de algún conflicto bélico. Los pasajeros eran muy mayores y con aspecto de derrota, no parecían estudiantes, Consuelo comenzó a preocuparse, pero no dijo nada a nadie, y aunque se dio cuenta que la miraban con extrañeza, ella seguía fingiendo, aparentando que sabía a dónde iba.

Eran muchas las horas que el tren llevaba circulando sin parar por terrenos escarpados, bosques tupidos, puentes elevados sobre caudalosos ríos; el día era ya más tarde que mañana y la noche no tardaría en llegar, Consuelo se estaba inquietando, pero tenía claro que, pasara lo que pasara, no iba a dar muestras de preocupación, porque eso solo haría empeorar la situación.

Ya de noche cerrada, el montón de hierros oxidados, porque eso era el tren, seguía rodando monte arriba, monte abajo, curva a la derecha, curva a la izquierda y en cada cambio de dirección los hierros parecían romperse. En el vagón que viajaba Consuelo, todos los pasajeros dormían y emitían grandes ronquidos, fue entonces cuando ella dispuso moverse por los pasillos, con la esperanza de encontrar a alguien de su edad y que se dirigiera a la Universidad.

En el resto de vagones no viajaba nadie, solo encontró herramientas, todas de gran tamaño como: radiales, cierras, porros, martillos, alicates, llaves inglesas... Tuvo un momento en que pensó tirarse por alguna ventana, pero desistió porque, si lo hacía,

estaba segura de que no llegaría a clase, que era lo único que deseaba hacer en el mundo desde que nació.

Retrocedió al vagón donde todos dormían, se echó al suelo y se puso pansa arriba, brazos a lo largo del cuerpo, respiró, espiró durante media hora, y ya relajadita se quedó dormida como el resto de pasajeros, cree que también roncó. Cuando abrió los ojos, en el horizonte el sol intentaba asomar sus rayos, el tren había dejado de moverse, observó que estaban rodeados de una espesa y alta vegetación semejante a la Selva Negra.

Consuelo luchó por consolarse a sí misma, y de repente aquel enorme silencio empezó a romperse cuando unos rudos hombres, que se asemejaban al hombre de Cromañón, comenzaron a sacar del tren las gigantescas herramientas y, acto seguido, colocándose todos repartidos a lo largo de éste, comenzaron a darle golpes sin descanso, con los alicates cortaban cables, aflojaban tornillos con llaves inglesas y con la radial cortaban las chapas como si fueran de carne de membrillo.

Ella no quería abrir la boca, pero se estaba viendo en la obligación de hacerlo, por mucho que miraba a su alrededor no veía señal alguna de que la Universidad estuviese cerca, solo se divisaban bosques y más bosques. Los que seguían golpeando el montón de chatarra la ignoraban por completo, eso hacía que estuviera más tranquila. Con disimulo se fue alejando del desagradable ruido que salía de los restos del tren y se adentró por entre los elevados y espesos pinos, que no dejaban ver más de veinte metros de distancia.

Echó mano a su bolsa y en ella encontró un lápiz, una libreta pequeña y un bocadillo de mortadela aplastado de tanto tiempo en la bolsa, aunque no tenía hambre se dijo: «Me lo voy a comer porque tengo que estar fuerte, creo que es mucho el tiempo que me falta para llegar a clase». Sin ser consiente se introdujo en la selva y ya no podría salir de ella por sí sola, miraba en todas direcciones y en todas veía lo mismo: troncos de árboles que se elevaban hasta el cielo. De éste solo veía un trocito muy pequeño.

De repente se le cruzó una oscura y larga culebra, «¡Vaya por Dios!», gritó. Siguió caminando y saltó de entre las matas un conejo, y pensó que habría sido interesante cogerlo y guisarlo con patatas. El hambre le estaba haciendo mella, oía las tripas de moverse en su vientre. No quería dejar de caminar, y así, tras varias horas, pudo salir a un claro de los pinos y vio en frente un peñasco parecido al Naranjo de Bulnes y a un hombre que lo escalaba. Fue tal su alegría que empezó a darle voces, éste, extrañado, perdió el equilibrio y rodó hasta el pie del monte. Consuelo corrió hasta él y le pidió que le indicara la salida a la Universidad, el montañero le dijo que la más cercana estaba a muchos kilómetros para ir andando. Ella le preguntó:

— ¿Qué puedo hacer en este caso?

— Si no te importa, -le contestó- yo puedo llevarte en mi equipo de parapente, el problema es que lo tengo en la cima de esta peña, así que tendrás que escalar conmigo y una vez allí volamos a dónde tú me digas.

Consuelo tenía algo de vértigo, pero supo que no podía desperdiciar aquella oportunidad porque no tendría otra, así que le dijo que aceptaba su invitación y que haría todo lo posible por no ser una carga. Antes de iniciar la escalada se fueron de caza, tenían que comer, cazaron una libre y la asaron sobre el fuego atravesada por un palo; cuando acabaron de comer, el escalador dijo a Consuelo que era muy tarde para empezar desde el pie del pico y que lo prudente era descansar, dormir y con las claras del día todo se vería maravilloso.

Pasó la noche un ratito dormida, un ratito despierta; dormida soñaba que estaba en clase, despierta le preocupaba tener que escalar el pendiente pico. Al amanecer se encontraban los dos despiertos, descansados, con un poderoso ánimo. Empezaron a escalar como si estuviesen compitiendo y en poco tiempo hicieron cumbre. Desde allí las vistas eran indefinibles, una gozada para el alma, sin embargo ella no parecía disfrutarlas, ya que por más que miraba en todas direcciones no encontraba nada que se pareciera a un aula de estudiantes.

Dispuestos a salir volando tuvieron que echar mano de una brújula para situarse en la dirección correcta a la Universidad en El Ejido. El trayecto fue muy largo, pero interesante como experiencia y también como para aprender que si nos desviamos torpemente de nuestras pretensiones, podemos pagarlo caro. El deseo de Consuelo siempre fue matricularse en la Universidad con los jóvenes, pero debido a que no tomó el tren conveniente, perdió la oportunidad.

Cuando llegó a la Universidad y pidió matricularse, le dijeron que solo quedaban matrículas para el Aula de mayores. No se lo pensó y ya está en el tercer año: dice que no se irá de allí hasta que la echen. Está encantada con los profesores, los compañeros y el delegado.

María Moreno

Tiempo para mi

Sonó el despertador del móvil. Eran las siete de la mañana, ya llevaba un largo rato despierta, trabajar durante treinta años en diferentes hospitales me había dejado las secuelas de madrugar y de un “querer aprovechar el tiempo”. Tenía la sensación de que éste se me escapaba como arena entre mis dedos.

Subí la persiana, comenzaban a escucharse los primeros coches y movimientos lentos de la gente que aún tenía trabajo. Poco a poco, en la parada del autobús se formaba una cola de estudiantes, trabajadores y trabajadoras.

Con mi taza de café y las ventanas abiertas para que la casa se aireara, ahora llegó el tiempo en que me podía entretener en observar como la ciudad se despertaba, y lo que siempre había realizado sin apenas darme cuenta, ahora lo presenciaba como si fuera una escena digna de un cuadro con vida propia.

Mis articulaciones me estaban pasando factura, por lo que me jubilé, y después de largos tratamientos y continuos dolores decidí apuntarme a un gimnasio del barrio. Comenzaba temprano, a las ocho. Nos íbamos conociendo, mujeres y hombres que habíamos trabajado toda una vida y que no habíamos tenido tiempo para cuidarnos en hacer un buen ejercicio. Como yo, bastante agotada durante años, llegaba del hospital y a seguir con la casa y los hijos, no tenía hueco para buscar un gimnasio, aunque nunca me faltaba mi rato de lectura.

Después de los ejercicios para mi espalda, me gustaba ir a la playa andar, a sentir la naturaleza, el mar. Pasaba por el mercado y compraba fruta y verduras de temporada. Uno de esos días, ya en casa, sonó el teléfono: llamaba una amiga que se había quedado viuda y que estuvo yendo a la universidad de mayores, hablamos sobre las asignaturas, lo interesante de recordar aprender y conocer materias que por nuestro trabajo o especialidad no tuvimos la oportunidad de profundizar. Me hablaba de grandes profesores, apasionados de sus asignaturas, que llegaban hasta los corazones de las personas que formaban parte de ese grupo. Me animé a matricularme y así lo hice.

Subí un día de finales de Septiembre, hace dos años, ahora haré el tercero. Me coloqué en la cola, entre el bullicio de rostros llenos de ilusión y cada uno con su experiencia de vida. Sentía el cosquilleo de aprovechar el tiempo, de crear nuevas ilusiones por aprender, por escuchar temas, asignaturas apasionantes. Así comenzó mi camino en la universidad de mayores.

Firmé un compromiso conmigo misma: «Rocío, este año ejercicio físico: intenta, con tiempo y con zapatos cómodos (no era fácil con mis pies y mis achaques), ir andando desde el Paseo Marítimo hasta El Ejido. Y ejercicio mental, centrándote en las asignaturas y en las explicaciones del apasionado

profesor, olvidándote por un tiempo de los problemas que tanto tiempo ocupan tu vida y dedicar este espacio solo para la asignatura y para ti».

El centrarme en mí era algo casi imposible, ya que lo cierto es que mi vida ha sido siempre para los demás. Esta vez eso, iba a cambiar. Y lo conseguí. Conseguí dedicar unas horas dos veces a la semana, lunes y miércoles el primer año, escuchando hablar apasionadamente de Historia del Arte, Literatura, Ciencias, evolución de la Educación, Geografía, Genética,... centrando mi pensamiento en escuchar al profesor o profesora, sumergiéndome por esa hora y media en el mundo de la cultura, de recordar y de descubrir aún, cosas nuevas en mi vida.

Me senté en la tercera fila, era una sala digna de todos los que estábamos allí. Al principio sentí como cuando íbamos al instituto, nos mirábamos y dejábamos que el tiempo pasara y desde el sitio nuestros rostros se fueran conociendo. Al cabo de unas semanas los saludos se fueron convirtiendo en presentaciones, el contar anécdotas de cómo llegábamos a horas en que solo nos daba tiempo a recoger los platos o dejarlos, para que alguien de la casa pusiera de su parte, sin apenas entender por qué a esas horas de siesta, programas de cotilleo o de distracción entre cabezada y cabezada, había personas como nosotras, mayores de cincuenta y cinco, con todos nuestros achaques, capaces de renunciar al descanso y subir al Ejido a escuchar una asignatura apasionante.

Así fui haciendo amistad al lado de Carmen, María, Virginia, Olga, M^a Jesús, el delegado Ignacio, Juan Antonio, Pilar... y aunque cada una tenía su vida, a veces bajábamos hasta el centro charlando sobre lo aprendido en clase... y la mente parecía rejuvenecer, espabilarse de una forma apasionada. Lo mejor de todo era que me daba cuenta de que el día era más completo cuando aprendía o recordaba algún tema que lo tenía adormilado por los problemas.

La disciplina de andar desde Huelin el barrio de la revolución industrial, donde sus chimeneas nos recuerdan su huella. Continuando por la carretera de Cádiz pasando por el centro comercial Larios, las Hermanitas de los pobres, calle Cuarteles hasta llegar al museo CAC.

La Alameda llena del bullicio de la gente sus puestos de flores. Continuando por calle Larios calle principal de Málaga sus edificios, su comercio sus farolas y la alegría de olor a biznagas y murmullos alegres. Paseando por calle Granada con su café Central en la plaza de la Constitución, con sus edificios testigos silenciosos del paso del tiempo y la evolución de la ciudad. Sigo andando entre gente bulliciosa extranjeros que parecen estar en "su casa". Paso por la plaza de Uncibay hasta el teatro Cervantes, museo Picasso y continúo por la calle la Victoria con su señorío, hasta la iglesia la Victoria patrona de Málaga. Y llego al Conservatorio por donde se escapan las notas musicales de los alumnos y que son un regalo para empujarme hasta el Aula de Mayores. Después de disfrutar de la hora y media de clase, de nuevo bajamos comentando lo aprendido, lo recordado.

Entre los chocolates que nos tomábamos al bajar del Ejido, al terminar las clases de la Universidad de Mayores en los inviernos húmedos y ventosos, y los refrescos y helados del principio de verano, estaba segura que el tiempo no había pasado en balde, mientras el mundo seguía rodando entre la crisis, con su paro y sus locales de "se alquila" o "se vende"; entre jóvenes que empezaban a despertarse y a querer luchar; también entre la siesta y los programas que podían hacerte sentir que en la tarde no había nada que hacer, ¡cuando había un mundo por descubrir y recordar!

Agradezco la oportunidad que se me brinda a mis cincuenta y seis años de poder disfrutar de estas clases, de estos profesores, apasionantes de su disciplina, que nos ponen al día de la Historia, del Arte, de los maravillosos paisajes y riquezas naturales de nuestra tierra, de nuestro país, de los cambios climáticos que se están produciendo y los que vendrán como decimos (que no veremos) y del mundo de la Literatura, que me ayudaran a completar la formación para escribir mis relatos, mis historias y quién sabe si mi libro. Puedo estar orgullosa de mí y mis compañeros, de estar al día del mundo que sigue rotando a nuestro alrededor mientras queremos atrapar el tiempo para que sea lo más provechoso posible.

Sé que el compromiso que firmé conmigo misma esta cumplido: "ejercicio físico y mental entre chocolate y helados, charlas de intercambios de opiniones de lo que realmente va cambiando en este mundo y sociedad en que vivimos, mientras dejo que el mundo siga girando a nuestro alrededor. Yo, Rocío León Padial, tengo la conciencia tranquila por aprovechar lo bueno que tenemos y despertarme dando gracias a Dios, por tener la oportunidad de ir a esta Universidad de Mayores que es todo un lujo.

Animo a todas las personas que tengan esa fuerza de voluntad e ilusión por seguir aprendiendo que se acerquen y disfruten del privilegio que nos ofrece la Universidad de Málaga. Y es que "el hombre y mujer más sabio es el que con humildad sabe que aún puede aprender mucho de los libros y de las personas cuando llega a mayor".

Rocío León

Mi asignatura pendiente

Siempre consideré ir a la Universidad como mi asignatura pendiente, aunque estudie Secretariado y Magisterio. Como casi todas las chicas de mi generación. Nos educaron para casarnos y si eras muy jovencita como en mi caso, mejor.., no sé? pero era así. Y como la mayoría.., antes o después llego el Divorcio.., por lo que comienzas de nuevo otra andadura en la vida, trabajas, pones un negocio, etc.., pasan los años y te das cuenta de que esa idea sigue rondando, ahí muy en el fondo, pero siempre latente, y pasa la vida..

Como siempre he sido de tener mascotas, me sentía feliz ocupando mi tiempo libre paseando a todas horas con ellos, etapa maravillosa, pero por Ley de vida, de pronto te quedas sola y es ahí el punto clave, donde te vuelves a plantear que hacer. Así que de nuevo retomo la idea.

Voy a la Universidad?. Esto lo estoy escribiendo ahora cuando en Octubre empezaré el tercer curso del Aula de Mayores. Por cierto que miro hacia atrás y me digo, como???, ya!!!, ha sido todo tan rápido, quiero decir que en ningún momento me he arrepentido, está siendo una muy buena experiencia. El primer año, pasó con çï con ça, no nos conocíamos, éramos muchos y difícil de conectar. Creo que en esta etapa aparte de aprender, recordar, iniciar. se viene también a conocer a personas que justo en un momento dado tuvieron esa misma inquietud, y con un buen bagaje de experiencias vividas, por lo que para mi me ha servido, mejor dicho me ha enriquecido entablar amistades y he de reconocer que algunas son estupendas, hay historias admirables..

Lo divertido de todo es que ahora con el invento del WhatsApp, a nuestra edad nos mensajamos para decirnos entre otras cosas que “estamos deseando que empiece el nuevo Curso“.

El Curso pasado es decir 2 º, fue mortal para mi, el horario los 4 autobuses que tengo que coger, pero vamos que no fallé ni un día. En cuanto a los Profesores y asignaturas como todo unos gustan más que otros, he descubierto nuevos intereses como la Biología, algo impensable y otras a pesar del tema interesante me han aburrido soberanamente, pero yo ahí todos los días, un mérito, pero contenta. Y ahora me encuentro ilusionada ante este comienzo que será..., Tercero!!!!, inimaginable cuando me vi allí por primera vez.

Si me preguntan, honestamente diré para quienes en un futuro les apetece apuntarse o plantearse algo diferente de su rutina diaria, que Si!!!!.. que no lo duden, que pienso seguir hasta que el cuerpo aguante. De hecho tengo el programa abierto en donde dice “Matricula para Cursos de Ampliación de Conocimientos“. Ahí, es donde realmente me apetece estar, es muy atractivo con asignaturas actuales e interesantes.

Ha sido una decisión importante en un momento en el que me dije a mi misma, ¿porqué no probar?.

Hay ilusiones que se realizan no importa cuantos años tardan, lo bonito es que suceda.

Virginia Torres

Ilusión

Hace tiempo escuche una frase, que no recuerdo de quien es, pero que si se me quedo grabada “ La vejez es la carencia de ilusiones “, y con el tiempo he podido comprobar que efectivamente es una verdad como un templo, la vida es una constante ilusión por algo y que va muy unido a la edad, empezamos en nuestra niñez con la ilusión de ser un jovencito y tener 16 años, para poder empezar una nueva etapa de nuestra vida, conocer chicas, en nuestra época ponerte pantalones largos y empezar a presumir un poquito ,después se van sucediendo etapas, pero todas ellas siempre con la ilusión de hacer algo, tener esto o aquello o de aspirar a otras metas.

Llegados a nuestra edad la ilusión es un arma imprescindible para seguir viviendo, en la actualidad una actividad importante , al menos para mi son los Cursos de Mayores, algo que se esta cumpliendo y a los que acudo con toda la ilusión del mundo.

Antonio Peña

Un alumno más de la clase

Llevaba ya algunos años dándole vueltas al tema de la jubilación, visto desde mi perspectiva actual, el tiempo se había pasado volando y estaba ya abocado al desenlace laboral más pronto que tarde. No me entusiasmaba mucho esta nueva forma de vida que se me presentaba. Por otra parte mi trabajo hizo que me trasladase a Málaga para continuar mi actividad laboral. Este traslado fue únicamente de mi persona, pues mis hijos permanecieron allí. No obstante seguía conectado con mi lugar de procedencia mediante viajes que efectuaba con cierta regularidad.

En uno de estos viaje me interesé por las actividades que alguno de mis amigos estaban realizando. Amigos prejubilados o por desgracia sacados de la vida laboral antes de tiempo. Dos de ellos me informaron de su reincorporación a la universidad en cursos preparados específicamente para mayores. Le pedí información de los mismos, asignaturas que se daban, días, horas por día, etc. Las asignaturas eran básicamente de humanidades y los trabajos que realizaban y salidas a cuenta de sus estudios por la zona parecían interesantes.

También por el ambiente entre los compañeros, que a decir de ellos era muy bueno y te permitía charlar tras las clases e incluso formar grupos de montaña u otras actividades.

Me pareció una buena solución al vacío que se me presentaría tras la ruptura con la vida laboral. Por aquel tiempo conocí a mi actual mujer, malagueña. Lo que hizo que poco a poco los viajes que realizaba a mi tierra se fueran distanciando. Fui perdiendo esa regularidad de comunicación con mis amistades y a decir verdad no tenía repuesto en Málaga. Bien cierto que mientras estuve trabajado no lo eché de menos pues entre el trabajo y su compañía el tiempo lo tenía ocupado.

Los primeros días tras la jubilación me parecieron más unas vacaciones, pero estas se iban prolongando y aparte de leer y algo de ejercicio poco más hacía. Me daba la impresión que había profesado en la orden de los cartujos, tal era el grado de conversación que mantenía hasta las seis u ocho de la tarde que ella volvía.

Comencé a hacer pesquisas por diferentes centros donde me pudieran informar sobre cursos similares a los que mis amigos me habían hablado. Efectivamente no tardé mucho en dar con la tecla y llegar a la persona adecuada. Me informó del sistema de cursos que la UMA tenía para mayores. Si he de ser sincero me parecieron muy reducidos, pues los que conocía de otra universidad eran más completos, quiero decir más horas al día y más días a la semana. No obstante era lo que había y me hice a la idea.

Me informaron sobre los problemas que había en la matriculación del primer año, ya que las plazas ofertadas solían ser menos que los alumnos que las pretendían. En vista de este hecho el día de la matrícula madrugué y me dispuse a aguardar cola esperando que se abriese la ventanilla. Mi sorpresa

fue que a pesar de que yo había madrugado, y no poco, cuando llegue ya tenía una veintena de personas delante de mí. Al final me matriculé sin problemas.

Como he manifestado, mi objetivo al acudir de nuevo a la universidad era doble, por un lado la adquisición de nuevos conocimientos, especialmente en temas de historia, pero sin desdeñar otras materias y por otro lado establecer nuevas amistades con compañeros con los cuales poder debatir los temas al salir de clase y cambiar impresiones sobre los mil asuntos que las tertulias nos ofrecen para arreglar el mundo a la vez que libamos un buen vino o una cerveza fresca.

El primer día de clase al verme sentado de nuevo en un pupitre me retrotraje a tiempos ya muy lejanos, estaba más cómodo, no tenía la preocupación de enfrentarte a un reto. No debía dar cuentas ni al profesor ni a mis padres de la marcha de mis estudios, esto era aprender para completar tu formación sobre los diferentes temas que se iban a dar a lo largo del tiempo que permaneciese allí. Toda una gozada.

Me había sentado en una butaquita de clase cuya fila hasta ese momento estaba libre. Como había llegado más bien pronto pude ir viendo cómo iban entrando los diferentes compañeros que iba a tener a lo largo del tiempo. Iban pasando las caras y todas me resultaron desconocidas. Lo que sí reparé es que la inmensa mayoría eran mujeres.

Tras los saludos de buenas tardes a las personas que se iban colocando más o menos al lado, de mi boca no salió palabra hasta decir otra vez cortésmente hasta mañana. . Soy de la opinión, por más que el tópico diga lo contrario, que en general la gente malagueña no es dada a entablar amistad fácilmente. No me considero un misántropo pero se me han dado pocas oportunidades para ello. A base de mucho tiempo vas entablando contactos pero ciertamente me ha costado.

Las clases comenzaron con los temarios tal cual estaban previstos. Diría que en general las clases eran interesantes, pero lo interesante o no de una clase no suele ser el tema a tratar propiamente dicho sino lo agradable y atrayente que te lo sepa hacer el profesor. A lo largo del tiempo vas viendo que clases que pueden ser plúmbeas tratadas por buenos catedráticos te parecen asequibles y amenas. Otras que en principio son más apetecibles, se hacen eternas, los minutos no pasan y terminas por detestarlas.

Dicho esto y en honor a la verdad hay una gran mayoría de profesores que hacen de su exposición un placer y el poder asistir a su clase una fuente de nuevos conocimientos. Vayan las gracias a todos aquellos que con su esfuerzo hacen que otros seamos capaces de asimilar y comprender tantos y tantos temas que nos permiten entender mejor nuestro alrededor así como las informaciones que de vez en cuando los medios de comunicación nos ofrecen.

Trascurrido el primer año de clase, mis progresos en entablar amistad con otras personas fue mínimo, al final se redujo a tres o cuatro compañeros que normalmente coincidíamos en la fila donde me

ponía. Menos mal que el profesor de geografía, una persona joven, tuvo la idea de plantearnos una despedida en base a hacer una pequeña merienda dentro de clase. Cada uno debía de aportar al común lo que buenamente quisiera. Me gustó la idea. Eso facilitó la intercomunicación entre los compañeros de una forma más distendida.

En el segundo año con el cambio de delegados la clase fue más abierta, más comunicativa. Se hicieron excursiones, visitas, meriendas al finalizar los trimestres dentro de clase, la facilidad de establecer amistades fue mucho mayor. El tercer curso ya ha comenzado con la misma dinámica que el segundo, ciertamente el horario no acompaña mucho para poder salir de clase y tomarte algo mientras charlas un rato. La salida casi a las ocho de la tarde y más en invierno dificulta y no poco estas actividades.

Es cierto o al menos yo no conozco que se hayan organizado actividades extraescolares que se realicen entre mis compañeros de curso, tales como montañismo, caminar o actividades de cualquier otra índole, sería un tema a proponer al delegado de curso, ya que es una persona muy activa y con ganas de hacerlo bien.

Al día de hoy puedo decir que ambos objetivos han sido cumplidos razonablemente por lo que animo a cualquiera que pudiera leer estos relatos a que se matricule y se vaya incorporando a estos cursos, merece la pena. Sigo pensando que si se incrementase, aunque solo fuese un día y una hora más al día, para mí sería perfecto.

Pero poco a poco con la velocidad que caracteriza la vida a nuestra edad se han pasado ya dos años y estamos en el final del primer trimestre del tercer curso. Miro hacia adelante y veo que también esto se va a terminar, hay otro curso, ¿y después?. Vuelvo a verme buscando conferencias y charlas que sigan dando de comer a mi espíritu. Espero encontrarlo, no concibo otra forma de pasar parte de mi tiempo y a ser posible con los compañeros y amigos con los que he establecido amistad a lo largo de estos cursos y poder seguir debatiendo con un vino en la mano después de la exposición.

Este sistema también a lo tonto a lo tonto va a durar lo que una carrera formal. Cuatro años.

Antonio, uno más de la clase.

Y... ahora qué?

Cuando cumplí 60 años y deje de trabajar, me dije, ahora que ? en casa a la rutina de cada día, a limpiar, a hacer de comer y todas las tareas que conlleva el cuidado de una casa, pero en ese mismo momento me dije Ana, te tienes que espabilar y ponerte las pilas , me puse a pensar que es lo que me ha gustado toda la vida y nunca tuve tiempo para hacerlo, siempre me gusto todo lo relacionado con el arte, como la pintura, escribir poesia, la historia etc. Una amiga me comento lo de la universidad de mayores , me ilusiono mucho y me apunte y ya voy por el tercer año de los cursos de cultura general y este año he empezado a estudiar ingles ,es muy dificil para mi ,pero creo que si le pongo empeño lo conseguire. En la universidad hay un ambiente muy bonito y he hechos muy buenas amigas y la verdad, merece la pena, aunque te tengas que ir a clase con el bocado en la boca, como se suele decir , en el verano con el calor a la hora de la siesta y lo bien que se esta en el sofa a esa hora, pero cuando llegas a clase te lo pasas tan bien y son tan interesantes que lo perdonas todo, tambien me he apuntado en la asociacion Amaduma, esta pertenece a la universidad y organizan muchas actividades culturales, como visitas a museo, conciertos, recitales de poesias, conferencias y unos viajes estupendos. Yo he ido a varios viajes: he ido a Francia, a Lisboa y el ultimo ha sido a Suiza, ha sido maravilloso pues hemos recorrido Suiza entera, parte de Austria y parte de Alemania.

A todas las personas que dispongan de tiempo libre y que no saben qué hacer con él, les recomiendo que se acerquen por la universidad de mayores. De verdad que se van a alegrar , se aprende y sirve para relacionarte con otras personas,

Mi vida ha cambiado mucho desde que estoy en ella, tengo una familia muy

bonita y tengo unos hijos maravillosos, ellos tienen ya sus vidas aparte y yo no tengo queja

porque estan pendientes de mi, pero desde que murió mi marido hace ocho años, me siento muy sola, por eso no paro de hacer cosas para no tener tiempo para pensar.

Yo quiero ser independiente y no darles problemas a mis hijos, ellos como me ven muy bien con lo que estoy haciendo, se sienten contentos y creo que se sienten orgullosos de mi al verme con tanta ilusión por aprender.

Os voy a contar todo lo que hago: voy a clase de pintura, hago gimnasia, a la universidad, a la clase de inglés y tambien estoy en una asociacion de belenistas, que llevamos desde abril construyendo el Belen que se va a poner este año en la Catedral de Malaga, y la verdad,

estoy muy contenta por colaborar en un proyecto tan importante como este. Y lo mas importante, los martes por la tarde lo dedico para disfrutar de mis nietos.

Os he contado mi forma de vivir, y como con ilusión se puede hacer todo lo que una se propone, se me olvidaba decir que también hago miniaturas y casas de muñecas.

Muchas gracias por leer este relato y por la atención que me habéis prestado.

Un saludo,

Ana Sánchez Quiles

Inquietudes

De entrada, nunca he sido universitario. Las vicisitudes de mi vida impidieron que continuara mis estudios, quedándome en la reválida de cuarto, a mi pesar, pues tenía aptitudes y me gustaba el estudio, cuando con 15 años me quedé sin padres y las circunstancias me obligaron a ponerme a trabajar.

Cuando en 2012, con más 46 años de trabajo me jubilé, se abrió para mí una nueva y desconocida vida lejos del estrés, las entrevistas comerciales por toda España y sobre todo, los continuos viajes durante los últimos veinticinco años de mi vida laboral. Durante todos esos años, mi paso por la vida fue mi mejor escuela y experiencia y todo cuanto logré, impensable en aquellos primeros años de orfandad, fue fruto de mi propio esfuerzo personal y el apoyo constante de mi esposa.

Por ello, cuando, de común acuerdo con mi mujer que fue la que me animó, ella sí con estudios superiores, decidimos inscribirnos en el Aula de Mayores, lo hicimos con muchísima ilusión, sobre todo yo, por la posibilidad de pisar unas aulas, y con todas las diferencias sobre una carrera convencional, asistir a clases de catedráticos y/o profesores en un ambiente universitario, que mantuvieran mi mente fresca y aportaran aires de años ya pasados. Mis dos hijos, que ya han acabado sus carreras, me animaron entre incrédulos y orgullosos.

Los primeros días, algo nerviosos, representaron vivir una experiencia que había echado en falta y por supuesto ampliar los conocimientos que mi déficit de estudios superiores tenía. Soy un gran lector de prensa de todo tipo, durante muchos años dos o tres diarios, lo que ha tenido una gran importancia en mi desarrollo personal, por lo que muchos de los temas, incluso científicos, que hemos abordado en estos tres años no eran desconocidos para mí, pero sin grandes conocimientos.

La verdad es que estos tres años han sido muy agradecidos y he disfrutado mucho en las clases teniendo la oportunidad de conocer a grandes profesionales de la enseñanza que, a pesar de la poca duración de las materias, sólo nueve o diez clases, han dejado un gran recuerdo.

Por ello, cada año, cuando finalizamos y empieza el verano no dejo de pensar en el nuevo curso, deseando el paso de los días para iniciar una nueva andadura ya que la experiencia ya forma parte de esta etapa de mi vida.

Y, si Dios quiere, pienso seguir disfrutando más años, hasta que el cuerpo aguante.

José Luis M.

